

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

CAMINO DE IDA, CAMINO DE VUELTA

Gummer se levantó cerca del mediodía, y desayunó un vaso de leche con algunas galletas de agua.

Cuando llegó el mediodía, almorzó un trozo de carne recalentada, la cual se había traído del restaurante, la noche anterior.

Miró televisión como sobremesa, y al rato se quedó dormido en la silla.

Se despertó a las dos horas de siesta, y cuando miró a su alrededor, supo que se encontraba en el mismo lugar de siempre: en el comedor de su vieja y solitaria casa, en los barrios bajos de Tammerlane.

Se puso de pie, caminó hasta el teléfono, y discó el número de siempre.

- Hola. Cómo estás? – preguntó él, con la misma seriedad y tranquilidad de siempre. Y ella respondió que “Bien.”

- Cómo está la Clara? – continuó. Y ella también dijo que “Bien”.

- El fin de semana que viene, cobro. Nos corrieron la fecha de pago. El restaurante se pone difícil en esta época del año. Gracias que tengo las propinas. – Y ella dijo “Está bien.”

- Te dejo que me tengo que ir a bañar para llegar a tiempo al trabajo. Un beso. Un beso a Clarita. – “Otro”, respondió ella, y colgaron.

Giró sobre sí mismo, y se encaminó a hacer lo que a su mujer ni le importaba.

Durante la ducha y el agua, pensó en lo mismo que pensaba siempre: el camino de ida. Y el camino de ida había sido demasiado largo, tan largo que lo había dejado demasiado alejado como para que el de vuelta costara menos disgusto. Casualmente, sus ojos se llenaron de jabón.

Rato después, pisó la calle, y puso un pie camino de ida, a la estación donde un tren lo dejaría en el trabajo de todas las noches: el de un simple mozo en un restaurante de carnes asadas.

Una vez, un padre, una madre muerta y Gummer como niño...

- Te dije que no rezaras más, carajo!! – le había gritado su padre, mientras bebía un vino, perdido en una gran pelea en el ring proyectada por tvé.

A metros suyo, tras la puerta del cuarto, Gummer estaba de rodillas a la cama, con las palmas de sus manos juntas, llevándolas al techo el cual jugaba el papel de Cielo.

En su deseo, le pedía al alma de su madre que haga de su vida felicidad, y que su padre sea bueno, y que deje de beber como de golpearlo.

Inmediatamente, la bestia peluda de casi dos metros, entró al cuarto de una patada, y tomó al pequeño del cuello de su roto pijama.

- Te dije que terminarás de un puta vez!!! – y le cruzó la cara de un cachetazo. – Ya me tenés podrido con eso de hablar con mamá! – y le cruzó la cara en el sentido contrario. – Mamá está muerta, bien muerta! Enterrada! Se la están comiendo los gusanos y no podemos hacer nada! – y le cruzó la cara, sumándose al llanto del niño. – Ese maldito Dios al que le rezás fue el que se la llevó... y el que nos cagó la vida!!

Y el depresivo padre que no encontraba consuelo en la pérdida de su amada, cayó rendido ante la angustia, el sentimiento de víctima, y la desesperación y desprecio ante esa nada ilógica como era el Destino y aquellos invisibles que lo manejaban.

Una noche, en una de esas tantas peleas, trompadas y llantos, el hombre corrió a su revolver y se disparó de la boca al cerebro, frente a los ojos de su hijo, el cual justamente se convertía en paralelo en un completo huérfano.

Subió al tren, y las puertas mecánicas se cerraron con fuerza a sus espaldas. El inmenso gusano se puso en movimiento.

Una vez dentro, como todos los días, el aguantar estar de pie, aferrado a los aros en correas que colgaban del techo, respirando el aire que respiraban los cientos de humanos transportados como ganado.

El camino de ida era difícil. Siempre se hacía difícil viajar hacia delante, hacia el destino que no era otra cosa más que trabajar y sudar por dinero.

Durante el viaje pensó en lo mismo que pensaba siempre: aquel camino de ida por una historia de dolor, de ira, de locura, de alcohol, de discusiones, soledad y muerte.

Y ese camino de ida que se había hecho tan largo, repetido, inacabable, reiterado, infinito, tuvo que acabar de una vez.

Una vez, hace un tiempo, un hombre, una mujer y una hija.

- Les dije que no hablen mientras miro la televisión. – dijo el desahuciado Gummer el cual alguna vez había visto la escena desde otro lado.

A metros de distancia, su mujer y su hija, ambas sentadas en el sofá, sostenían un libro de cuentos, abierto en una bella historia de un príncipe y una princesa en las épocas medievales de Tammerlane.

- No le des importancia a tu papá. Otra noche que se emborracha y planea amargar todo. –dijo irónicamente la madre a su niña de seis años.

Inmediatamente, la inmensa bestia peluda, delgada y de poca estatura, orejudo, de cabello enrulado negro y trompa caída, se puso de pie y las enfrentó.

- Les dije que se acabó el cuento! – y revoleó el ejemplar literario al otro lado del cuarto.

La mujer se puso de pie, con su niña en brazos.

- Animate a hacerlo! Animate a hacerlo y te denuncio! No es la primera vez que me levantás la mano! Te juro que si lo hacés, se entera todo el barrio!

Gummer cruzó de un trompazo a su esposa, y ésta cayó a un lado, con la pequeña aún en brazos.

- Yo no voy a ser como tu mamá, y me voy a morir de un disgusto, para dejarte la nena y que la vuelvas loca como tu papá te volvió a vos! – gritó la mujer, sangrando, desde el suelo. La hija lloraba y gritaba.

Gummer se agachó, arrancó a Clarita de los brazos de su progenitora, y aprovechando el estómago de la mujer al descubierto, se lo reventó a patadas.

Horas después, el Hospital de Agudos de Tammern salvaba la vida de la pobre miserable, por puro milagro.

Bajó del tren, pensando en lo mismo de siempre, y continuó su caminata de ida.

Llegó al punto definitivo del viaje, el restaurante.

Puso un pie en él. Saludó como siempre, encorvado y tímido, a cada uno de los que allí trabajaban.

En silencio, entró al baño y por fin descolgó el maldito bolsito azul que siempre llevaba encima, con su maldita ropa de mozo.

Se quitó la ropa, y se calzó los pantalones. Se puso los viejos zapatos negros que aún simulaban esplendor, y se miró los ojos al espejo mientras abotonaba su camisa.

Y en su reflejo, el odio de sí mismo, de lo que se había convertido: en un mozo de un restaurante mediocre, donde sudaba su cuerpo por unas pocas monedas.

Pero el lugar tenía cierto prestigio: había sido uno de los puntos iniciales para tomar el camino de vuelta en su amarga vida.

Una vez, hace poco tiempo, estaba sentado en el comedor de su vieja casa, días después de regresar de la cárcel.

En su mano, una pequeña botella de cerveza (jamás aquel vino de los recuerdos).

Desde hacía rato, estaba mirando a un lado, al sofá de aquella última vez, la última pelea, la última borrachera que arrasó con su familia, y se la llevó a vivir a otra casa, para siempre, recordándole lo inmaduro y trastornado que había actuado.

- No sabía. No sabía que me estaba convirtiendo en mi padre. Nunca quise golpearte... - pero ya era tarde, y las respuestas tenían el sabor a excusa.

Cuando el timbre sonó, Gummer se puso de pie y recibió a su viejo amigo Toto con una buena nueva.

- Hay un restaurante en el Centro Sur que está necesitando un mozo.

- Pero, yo nunca fui mozo.

- No me dijiste que habías sido mozo cuando eras chico?

- Lavacopas. Fui lavacopas.

- Me estás diciendo que no te animás? – le preguntó el dueño del restaurante, aquella tarde, días después de Toto.

- Sí que me animo. Pero voy a tener que practicar con la bandeja.

- Vos estás borracho? – le dijo el canchero tipo detrás de la barra, y se acomodó su jopo castaño para continuar: – Dejate de embromar y andá a buscar a Luisinho para que te dé el uniforme. El sueldo es de treinta pesos por día, que se pagan cada quince días.

- Treinta pesos? – le preguntó la mujer gorda, sentada a la mesa, tras devorar como cerda junto a su marido. – No es que vale diez pesos por persona?

- Sí, pero el vino sale cinco, y ustedes se tomaron dos. – y cerró los ojos, haciéndose el importante, el mozo perfecto que no era. - Así que treinta pesos, señora.

Gummer recibió la plata y se la mostró a su amigo Toto.

- Mi sueldo. Treinta pesos por día. Lo mínimo que se hace por mesa en media hora. – se quejó.

- Pero tenés un trabajo. Acordate que tenés que salir adelante. Es la última vez que intervengo en aconsejarte y ayudarte.

Gummer agachó la cabeza, y asintió. No tenía qué decir.

- Lo ves? Ese tipo que está allá. El mozo ése, el que está con el pelado. – señaló riendo, un joven de camisa negra y suave, con peinado raro y algo de marihuana en su cerebro.

- Qué pasa? – preguntó su otro amigo, serio. Generalmente el muchacho acostumbraba a reírse de todos y ya lo estaba aburriendo.

- Ese tipo está quemado. La otra vez vine a comer con unos amigos con los que estamos trabajando en un video clip, y también nos atendió ese. No tiene cabeza: se olvida y se confunde todo lo que le pedís. Ese tipo es un idiota. No debe acostarse con una mina en años.

- Es gracioso lo que estás diciendo? – le preguntó su otro amigo, también de marihuana, mascando un poco de carne. – Porque no sé si te estás burlando del tipo o compadeciendo.

- Qué te pasa, tonto? Te hice algo a vos? – dijo con una sonrisa, simulando por completo la maldita indirecta.

- Para mí también es gracioso, pero está ahí porque no tiene otro lugar donde ir. No te das cuenta que está rehaciendo su vida? Debe haber golpeado o matado a un par de parientes,... seguramente estuvo preso!

Gummer miró a un lado y luego volvió la vista adelante. Estaba acostumbrado a paranoiquear que la gente hablara de él. Si bien se sentía seguro de sí mismo, dudó un poco de sí mismo.

Rato después, se hicieron las dos de la mañana y regresó a su casa, esta vez en colectivo.

Apoyó la cabeza en la ventanilla y miró a través de ella, para encontrarse con la tranquilidad de las calles a oscuras de su Tammerlane de madrugada.

Gummer respiró profundamente la paz que ganaba lentamente en el camino de vuelta que tomaba todas las noches, desde hacía poco tiempo. De alguna forma, en su regreso se reencontraba consigo mismo, y eso lo ponía relativamente feliz.

FIN

HISTORIAS DE TAMMERLANE ES © 1998 – 2006 FEDERICO TARÁNTOLA

federicotarantola@yahoo.com.ar

aceitedecastor@yahoo.com.ar

www.tammerlane.com.ar